

y si su luz no hubiese brillado para nosotros, no seriamos ciertamente culpables por ignorarla, pues la ignorancia de la verdad no es criminal cuando es enteramente involuntaria. El soberano Juez no nos pedirá cuenta sino de las luces que nos haya comunicado; y el que inculpablemente no haya conocido el Evangelio, no será juzgado por el Evangelio; pero no por eso deja la verdad de conservar el derecho de someter los entendimientos, y de exigir sus homenajes desde el momento que los ilumina. El hombre debe estar siempre sinceramente dispuesto á abrazar la religion verdadera cuando se le manifiesta; esto no es una cosa arbitraria, es un deber: podremos ignorarla sin ser culpables; pero nunca podremos sin serlo, ni desecharla cuando se presenta con títulos suficientes para subyugar nuestro entendimiento, ni abandonarla despues de haberla conocido.

Se dice, por último, que cada uno puede con toda libertad, seguir tranquilamente y sin examen la religion de su país; pero primeramente en esto es preciso que hasta los partidarios mas fogosos del tolerantismo reconozcan algunos límites. Ha habido cultos que ultrajaban la humanidad y la virtud, que convertian los templos en lugares de prostitucion ó en teatros de san-

gre, y cuyas divinidades exigian homicidios ó infamias; y yo no puedo persuadirme, ¡oh apóstoles festivos de la indiferencia! que querais extender vuestro sistema hasta aplaudir estos abominables excesos. Veos pues ya obligados á restringirle, á ménos que no querais perdonar las crueldades é impurezas mas grandes que ha inventado la supersticion. Vosotros quereis sostener que en el orden religioso se puede profesar todos los diferentes cultos, á la manera que en el órden civil puede uno conformarse á las diversas leyes de policia: quereis que sea lícito cambiar de religion como de clima, ser católico en Roma, anglicano en Lóndres, calvinista en Ginebra, musulman en Constantinopla, idólatra en Pekin; es decir, que segun vuestro modo de pensar, es preciso que sucesivamente y con arreglo á los sitios y á los usos, adore yo lo que detesta mi corazon, ó que blasfeme de lo que él adora. De este modo y segun vuestra doctrina, nada importa que yo crea que Jesucristo es verdaderamente el Salvador del mundo por su muerte, como su luz por su doctrina: sin embargo, si estuviese en el Japon podria blasfemar contra él y hollar sus sagradas imágenes. De este modo, aunque yo crea que hay un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, podria

tambien si me hallase entre idólatras invocar con ellos sus divinidades fabulosas: de este modo yo puedo en el seno de esta capital tratar abiertamente de impostor á Mahoma; pero tambien si estuviere en la Meca podria exclamar con el musulman: *Dios es Dios, y Mahoma es su profeta.* ¡Qué horrible sistema aquel que no se compone mas que de contradicciones; que pone continuamente la conducta en oposicion con la conciencia; que me enseña tan pronto á hacer traicion por mis discursos y mis acciones á las verdades que creo, como á arreglar mi conducta á unos dogmas impíos que detesto; que mira la religion como un juguete y un capricho; que me autoriza á aparentar creer aquello que no creo; que coloca la piedad en la simulacion, y que en fin, no se puede practicar sino por un vicio detestable por la hipocresía!

Juan Santiago ha dicho terminantemente, *que la muger debia profesar la religion de su marido.* De este modo, señores, si el marido se mostrase sucesivamente anglicano, católico ó deista, como ha sucedido muchas veces, la muger estaria condenada á pasar por todas estas variaciones; y si el marido llegase á ser ateo, deberia por complacerle profesar tambien el ateismo. Ciertamente que los apóstoles de la libertad ili-

mitada colocan en esto á la muger en una dependencia bien extraña, exigiendo que crea ciegamente, que obre como una esclava, y que nada absolutamente sea para ella la razon, la conviccion ni la verdad. ¡Esto es sin embargo lo que se ha llamado sublime filosofia! Con la misma falta de juicio dice que el *hijo debe seguir la religion de su padre;* esto pide una corta explicacion. Es ciertamente una cosa natural que un niño incapaz de todo exámen en sus tiernos años, y no pudiendo sospechar que los autores de sus dias le induzcan á error, siga las huellas de estos, y que por consiguiente su autoridad le retenga en una falsa religion; pero si esta religion es indigna de Dios, si degrada al hombre, y propende á inspirarle mas bien el vicio que la virtud, y si al llegar á la edad en que ya se ha desarrollado la razon se convence este niño íntimamente de su error, ¿deberá sacrificar la verdad al respeto filial? Es cierto que la autoridad paternal tiene derechos inviolables, derechos que ninguna religion ha conservado mejor que el cristianismo; pero tambien tiene sus limites, y tan prohibido le está mandar una impiedad como mandar el homicidio y el pillage: la autoridad paternal no debe encadenar la razon de los niños, ni tiene tampoco el insensato

privilegio de tenerlos sometidos al yugo del error contra el grito de su conciencia: cuando la voluntad del hombre se atreve á ponerse en oposicion con la de Dios, entónces es cuando debe decir: „vale mas obedecer á Dios que á los hombres.”

Observad, señores, como los apóstoles del indiferentismo sacrifican la razon á sus vanos sistemas, al mismo tiempo que se precian de vengarla: por una parte no han cesado de difamar la sumision tan razonable de los cristianos á la fe de sus padres, y de ajarla con el nombre de credulidad y de supersticion, afirmando que la autoridad es un manantial de preocupaciones y de errores, y que sola la razon debe mandar los entendimientos, y por otra no han visto en la religion mas que un negocio de uso y de clima; han querido que la muger tenga la religion de su marido y el hijo la de su padre, de suerte que despues de haberlo concedido todo á lo que han llamado la razon, han venido á concederlo todo á la autoridad; contradiccion repugnante pero inevitable en su sistema.

Pero no solamente es imposible é irracional semejante sistema, sino que produciria tambien efectos funestísimos. No insistiré mucho tiempo en esta última consideracion, porque se en-

cuentra mas ampliamente desenvuelta en algunos de nuestros precedentes discursos. En efecto, señores, si examinais las consecuencias de la indiferencia sistemática en materia de religion, vereis todos los males que puede producir al género humano. Supongamos pues que se generaliza en toda una nacion, y que se apodera de todas las clases de la sociedad; entónces serian dudosas todas las creencias religiosas, y vacilantes é inciertas las almas, no sabrian qué creer ni qué desechar. En efecto, debilitada la religion, se debilitarian tambien las reglas de conducta que se derivan de ella, y cada uno tendria su modo particular de pensar, de juzgar y por consecuencia de obrar; desaparecerian entónces aquella profunda conviccion en que consiste la fortaleza de alma, y aquellos principios sólidos de una creencia comun que atraen y unen los entendimientos y los corazones mucho mejor que las leyes; en lugar de esas cadenas invisibles y poderosas con que la religion une á los individuos y á las familias, solo habria de comun entre ellas las pasiones que propenden á dividir las; desaparecerian del todo, ó á lo ménos en la mayor parte, los sentimientos nacionales, se alteraria el amor á la patria; los pensamientos generosos se convertirian en un frio

egoismo, y dejaria de existir esta generalidad, esta unidad de ideas y de sentimientos de que se compone el verdadero patriotismo, y que dan tanta estabilidad al edificio social.

Y no penseis que podrian ponerse límites á los estragos de este sistema. No: el espíritu de indiferencia se extenderia de uno en otro á todos los puntos de la doctrina, y se disputarian todas las verdades hasta la de la existencia de Dios: insaciable siempre la curiosidad del espíritu humano, de un error caeria en otro error, y de un abismo en otro abismo, como dicen los libros santos, y de extravío en extravío se precipitarian los entendimientos en el ateismo: espantados entónces despertarian quizá de su embriaguez, y conocerian la necesidad de salir del precipicio; pero debilitados ya, y destrozados en esta espantosa caida, no les quedaria acaso fuerza para remontarse hácia la verdad, y de este modo el indiferentismo produciria solo ateos y egoistas. Formad pues, si podeis, con tales elementos sociedades de hombres libres y civilizados, y será un fenómeno político nunca visto bajo del sol. Ved aquí como las teorías del filosofismo, llamadas hoy *liberales*, se encuentran en oposicion con la felicidad de los hombres, así como con la razon, y con el bien

de la sociedad no ménos que con la verdad.

Profeta, decia el Señor antiguamente á Isaias [1], profeta, clama fuertemente y no te canses, *clama ne cesses*, que tu voz en lugar de ser tímida y débil, salga y resuene á lo léjos como una trompeta, *quasi tuba exalta vocem tuam*: anuncia y echa en cara á mi pueblo sus errores y sus desaciertos, *annuntia populo meo scelera eorum*. Estas divinas palabras se dirigen hoy mas que nunca á los ministros de la religion: ¿y en que tiempo fué mas necesario levantar la voz con libertad que cuando la impiedad amenaza secar en las almas hasta el último gérmen de las virtudes? Procuremos salvar la generacion presente de los males que han agobiado á la generacion pasada, é impedir la renovacion de las mismas calamidades oponiéndonos al triunfo de los mismos errores; y coloquémonos como centinelas vigilantes entre el abismo de que hemos salido milagrosamente, despues de haber medido toda su profundidad, y la juventud que corre exhalada y ciega á precipitarse en él. Nunca su inexperiencia se ha visto rodeada de tantos peligros, ni jamas se han tendido tantos lazos á su can-

[1] Isaias LVIII, 1.

dor. ¡Cuántos funestos ejemplos de irreligion no se le ofrecen por aquellos mismos que por su edad deberían naturalmente ser sus modelos! ¡Qué doctrinas de error de parte de aquellos que deberían ser su luz y sus guías! Las ciencias, las letras, los libros, los discursos, la mayor parte de las fuentes en que bebe, estan mas ó ménos envenenadas: ataques violentos ó insinuaciones pérfidas intentan alternativamente hacerle odioso ó ridículo el cristianismo: se le quiere persuadir que la religion de los siglos pasados no debe ser la del nuestro, como si Dios no fuese siempre Dios, es decir, Señor soberano; y como si el hombre no fuese siempre hombre, es decir, criatura dependiente. Semejante en esto al sol la verdad jamas envejece; y la eternidad no pasa con el tiempo. ¡Y nos corresponde tampoco á nosotros insultar los siglos pasados despues de tantas abominaciones como han manchado el nuestro? Queremos buscar los errores y los vicios de la antigua barbarie; pero ¿no tiene tambien la civilizacion sus excesos no ménos funestos, y acaso mas incurables todavía? La religion ha sabido mas de una vez hacer de un pueblo barbaro un pueblo civilizado: quiera el cielo que pueda hacer alguna cosa de un pueblo desfigurado por la civili-

zacion. Las sutilezas de los sofistas valen ménos que la sencillez de los ignorantes. Comparad un pueblo bárbaro que abraza el Evangelio con un pueblo civilizado que apostata: el primero, conforme se vaya penetrando de las máximas evangélicas, se irá haciendo mas humano, mas justo y mas adicto á sus deberes: con solo tener siempre presentes en su pensamiento los mandamientos de Dios, conocerá los principios constitutivos de una familia y de la sociedad. En hora buena que no se llame sabio si aun no conoce las letras humanas y las ciencias naturales; pero sin embargo llevará en su seno todos los gérmenes de la vida social, los cuales desarrollándose le harán crecer hasta la edad madura; y en su ignorante sencillez poseerá la ciencia verdadera, la que asegura su conservacion y su permanencia: el segundo podrá acaso brillar en las ciencias y en las artes, pero si es irreligioso perderá el sentimiento de sus deberes, lo amará todo excepto la virtud, y llevará en su seno principios de muerte: podrá enhorabuena dar aun algunas señales de vida, pero nunca será mas que un viejo decrepito que oculta sus enfermedades bajo del oro y de la seda; y en medio de su ciencia soberbia será un ignorante, pues desconocerá el modo de

conservarse á sí mismo. Únicamente la religion podrá darle una vida durable; pero si rehusa este remedio indispensable, es necesario que decaiga, que se arruine y que perezca, sin que puedan salvarle ni nuestras artes ni nuestras ciencias. No consiste la fuerza y el vigor de las naciones en la multitud de eruditos, sino, segun dicen nuestros libros santos, en la muchedumbre de varones sabios y virtuosos: *multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum* [1].

[1] Sap. VI, v. 26.

LA INCREDELIDAD

DE LOS JÓVENES.

SER perpetuamente y al mismo tiempo objeto de respeto y de desprecio, de amor y de odio, tal es el destino del cristianismo sobre la tierra. En efecto, la historia atestigua que su establecimiento se verificó en medio de las persecuciones, así como en medio de los homenajes de los pueblos, y entre sus blasfemias, como entre sus bendiciones. Son necesarios errores para probar á los enemigos de la verdad, escándalos para probar á los enemigos de la virtud, peligro y contratiempos para hacer resaltar todo el heroísmo de la fidelidad, y en todos tiempos ha debido estar levantada la cruz del Salvador como un signo de contradicción, según la expresión del Evangelio. Subid á las primeras edades del cristianismo, y vereis cuantas persecuciones le suscitaron el poder tiránico de los

Césares, los celos de los sacerdotes de los falsos dioses, las sutilezas de los retóricos y de los sofistas, y el furor del pueblo extraviado por la superstición; pero si se vió á los Celsos y á los Porfirios aguzar sus dardos para embestirle, también se vió armarse en su defensa á los Orígenes y á los Agustinos; si los Decios y los Julianos agotaron contra él cuanto pudieron inventar la crueldad y el artificio, también los Constantinos y los Teodosios humillaron ante él su frente victoriosa, y este mismo contraste se ha renovado constantemente ya mas ya ménos en todas las edades de la Iglesia desde su origen hasta nosotros. A las sangrientas persecuciones del paganismo se siguieron las turbulencias causadas por los cismas y las heregias; y la ignorancia y la barbarie parecieron despues cubrirle con un velo tenebroso, aunque sin alterar el fondo de su doctrina. En tiempos mas cercanos á nosotros una razon inquieta puso en duda las verdades mas respetadas por los pueblos, arrancó los antiguos límites, y de tal modo fué creciendo el deseo de innovar, que por fin en el siglo décimo octavo trabajó una legion de ingenios presuntuosos en minar el cristianismo por sus mismos cimientos. Esparcidos al efecto sus escritos por toda la Europa, hicieron circu-

lar en ella el veneno de una incredulidad sediciosa que amotinó en el corazon del hombre todas sus pasiones desordenadas, que sublevó la tierra contra el cielo, y en su rebelion contra Dios preparó la rebelion contra los reyes. No tardó este funesto contagio en infestar todas las clases y todas las edades; la libertad de pensar trajo consigo la de intentarlo y hacerlo todo, y produjo por último ese diluvio de males, entre los cuales hemos estado todos á punto de sepultarnos para siempre. La incredulidad que tan tolerante se habia manifestado en sus escritos, se mostró cruel en sus acciones, y armada de todo el poder, no supo usar de él sino para perseguir y destruir: levantó sus cátedras de error sobre las ruinas ensangrentadas del altar y del trono, y no hubo ya exceso que no prescribiese, y aun que no intentase justificar; encontró razones para todos sus furores, y bajo de su dominacion se vió unirse las plumas de ingenios presuntuosos á la cuchilla de los verdugos.

Doloroso era sin duda este desenfreno general contra el cristianismo; pero lo que acaso no es ménos deplorable, lo que haria casi desesperar de la salvacion de la religion y de la patria, es que la experiencia no nos haya desengañado de las perversas doctrinas, que han si-

do origen de nuestras calamidades; y que sentada todavía la impiedad sobre las ruinas que causó ella misma, no solamente insulte á la religion que trabajaba en repararlas, sino que aun halle partidarios, y tal vez apóstoles hasta entre aquellos mismos que han sido víctimas suyas. Si, en nuestros días se hace alarde de mirar la religion como una cosa anticuada y propia solo de la sencillez de nuestros abuelos; se mira la incredulidad como el triunfo de la razon, y ni aun parece temerse sus estragos y funestas consecuencias. Mi objeto en este día será desgarrar la venda fatal que cubre los ojos de los desertores del cristianismo, y dirigiéndome al efecto y particularmente á los incrédulos jóvenes todavía, les diré: Vosotros os vanagloriais de no tener otra guia que la razon; pues bien, señores, á ella apelo yo de vuestras opiniones sobre el cristianismo; voy á haceros ver que debeis desconfiar de vuestra incredulidad, y que si quereis proceder con juicio debeis someterla á un nuevo exámen. Esta es la única proposicion que trataré hoy de explicar por no abrazar un asunto demasiado vasto.

No hay cosa mas comun en nuestros días que oír á una multitud de jóvenes incrédulos gloriarse de no pensar acerca del cristianismo

como sus padres, calificar de preocupacion vulgar toda creencia religiosa, y adormecerse al parecer sin temor y sin remordimientos en su incredulidad. Sin embargo si examinamos estas de cerca, y estudiamos sus motivos y su carácter, la verémos marcada con señales que nos darán de ella una idea poco favorable. Yo los invito en este momento á recogerse dentro de sí mismos, y á descender al fondo de su corazon para aprender en él á conocerse: allí intento llevar la luz para hacerles ver lo que hasta ahora puede haberseles ocultado, y hacerles conocer cuan sospechosa debe serles su incredulidad: al efecto me propongo obligarlos á confesar que su incredulidad no es ilustrada, que no es sincera, y que tampoco es desinteresada.

Digo primeramente que la incredulidad de los jóvenes (y lo que diré de ellos podrá muy bien aplicarse á otros muchos) no es ilustrada. En efecto, señores, para de algun modo poder creer que su incredulidad era fundada y fruto de la reflexion, seria preciso que ántes de declararse incrédulos hubiesen tomado las precauciones mas juiciosas para separar el error y conocer la verdad; que en esta guerra comenzada en nuestros días entre el cristianismo y lo

que falsamente llaman filosofía, hubiesen procedido con aquella lentitud y aquella madurez que exige un asunto de tanta importancia; y que por fin hubiesen empleado en su exámen aquel cuidado y aquella diligencia que emplearían en un negocio grave que interesase á su tranquilidad, á su fortuna, ó á su vida: pero ¿es esta su conducta? No señores; léjos de ser así se deciden muy frecuentemente casi sin exámen alguno, y con una ligereza de que se avergonzarían en unas simples cuestiones de ciencia ó de literatura. Examinemos en efecto de que modo han formado su opinion sobre el cristianismo, y veremos que todos los fundamentos de su incredulidad han sido, unas veces, los discursos de algun jóven voluptuoso que busca en las máximas de una filosofía cómoda la justificación de su conducta; otras la lectura de algun libro frívolo que en lugar de razones solo contiene chistes; algunas acaso la de otras obras mas serias ciertamente, pero llenas de argumentos refutados mil veces, y en fin la autoridad de algunos hombres versados enhorabuena en las ciencias humanas, pero en extremo ignorantes en la de la religion; y en este caso ¿puede haber cosa mas inconsiderada ni ménos ilustrada que su incredulidad? ¿Qué tranquilidad ni qué

seguridad puede darles el modo con que se han declarado en su favor?

Entremos sobre el particular en mayores explicaciones, pues acaso lo que vamos á decir acerca de esto no sea mas que la historia fiel de mas de un incrédulo presente en este auditorio. Oye casualmente un jóven hablar de falsas leyendas, de falsos milagros, de falsas revelaciones, de libros apócrifos; oye tambien hacer comparaciones llenas de malicia entre estas imposturas y la revelacion de nuestros evangelios: y hé aquí que seducido ya de este modo é incapaz por otra parte de conócer la diferencia real que hay entre aquellas y el Evangelio, lo cual exige mas reflexion, titubea ya en su creencia: se debilita su respeto á las santas Escrituras, entra la duda en su alma, y por fin se hace incrédulo sin tener siquiera la menor idea de que la autenticidad de nuestros evangelios está mejor demostrada que la de las obras de Demóstenes y de Virgilio, que todo el mundo reconoce, y sin saber que los hechos evangélicos estan mejor comprobados que los de Sócrates ó de César de que nadie duda.

Compone un sabio un sistema sobre la formacion del mundo, en el que hace una mezcla estudiada de hechos ciertos y de hechos dudo-

sos, de observaciones justas y de conjeturas arriesgadas; pero que en general está en contradicción con la narración de Moises acerca del origen de las cosas: lee esta obra un jóven iniciado ya en las ciencias naturales y que ha empezado á alimentar su entendimiento, así con el error como con la verdad, y al ver una teoría que le liberta del yugo de una autoridad sagrada, la adopta con complacencia, sin pensar que la tal teoría está desmentida por otras tanto ó mas verosímiles; que en ella se dan por realidades meras suposiciones, y que lo que en la misma pueda haber bien demostrado, se concilia perfectamente con la relación de Moises.

Nada hay mas fácil que presentar la religion bajo de un aspecto falso y odioso, disfrazar los libros santos, encontrar en ellos dificultades, contradicciones aparentes y cosas raras y singulares, cuando se las separa de las circunstancias que sirven para explicarlas: caiga pues una obra en que la religion esté tan horriblemente desfigurada en manos de un jóven; y no se necesita ya mas para hacerle vacilar en su fe, sin poder tener presente, porque lo ignora, que nada está mas próximo á lo sublime que lo ridiculo, que es mas fácil trobar á Bossuet que á cualquier orador mediano; que los sabios versa-

dos en las lenguas y en las antigüedades han aclarado esas dificultades que le detienen, y que es absolutamente imposible que deje de haber oscuridades y cosas singulares en libros compuestos hace tantos siglos, y en medio de costumbres, de usos y de leyes que en nada se parecían á los nuestros.

La soberbia y la ambicion han abusado mas de una vez del cristianismo para criminales excesos; mas de una vez le han deshonrado sus ministros con vicios y con escándalos, y sus mismos partidarios han interpolado en él prácticas supersticiosas; pero en vano se quiere hacer conocer á sus enemigos que los vicios de algunos cristianos nada prueban contra el cristianismo; así como tampoco los vicios de un deista prueban contra la existencia de Dios. A pesar de esto, cuando se trata de la religion, no se tiene por vergonzoso el ser injusto; al contrario, se violan todas las reglas del raciocinio, se inventa una lógica particular aunque sea absurda; se cree deber hacer responsable á la religion hasta de los excesos que ella misma prohíbe y condena aun mas severamente que la razon, y se mira como necesario arrebatarle la gloria hasta de las virtudes que ella inspira; y porque haya servido de pretexto para algunos

males pasajeros, se desconocen los bienes de que por un influjo secreto que se reproduce sin cesar ha sido y es verdadero origen en todos lugares, en cada dia y á cada momento. En vano, señores, se buscará la razon y la equidad en este modo de ver, de racionar y de apreciar las cosas.

Yo quisiera que un jóven empezase desconfiando de sus propias ideas, que en la edad de los placeres y de las ilusiones estuviese prevenido contra los deseos de su corazon, y que en lo perteneciente á la religion tuviese un poco mas de deferencia á aquellos que la han estudiado mas profundamente. Si en las cuestiones espinosas de la legislacion consultais á un jurisconsulto de conocida reputacion, y no á un poeta; si en las ciencias naturales os dirigis á un sabio que haya penetrado sus secretos y no á un letrado; y si reconociéndoos jóvenes aún y faltos de experiencia no se os ocurre creeros mas hábiles y mas ilustrados que los magistrados y sabios mas consumados, ¿por qué no haceis lo mismo en lo respectivo á la religion? Tambien ella tiene sus doctores, tambien ha confiado sus intereses y su defensa á hombres que por su profesion ó por un destino particular deben conocerla mejor. Si señores, hay hom-

bres que han hecho un estudio metódico y profundo de todas las partes de la religion, que conocen distinta y exactamente sus dogmas, sus preceptos, su disciplina y su historia, y que han leído mejor que los mismos incrédulos las obras compuestas contra la religion, tanto antiguas como modernas, extrangeras ó nacionales: y ¡os desdeñais de aprovecharos de sus conocimientos y de su ciencia, y tomais por guia solo un entendimiento sin reflexion y sin madurez! ¿A dónde está aquí la prudencia y aquella modestia que deberia ser siempre compañera de la inexperiencia?

Yo no os diré: Jóven incrédulo, creed ántes de examinar: no, yo no pretendo sofocar vuestra razon, violentarla, ni en cierto modo precipitaros en el cristianismo; pero sí os dire: Examinad para creer: y si rehusais examinar, entonces tendré derecho para acusaros de hollar todos los principios de una sana razon. Criados y educados, supongo, en las máximas de la religion, y habiéndola recibido de vuestros padres, que igualmente la recibieron de las edades anteriores, ¿abandonais así sin reflexion y con la mas inconcebible ligereza esta antigua creencia? ¿Por solo haber oido ó leído algun sofisma renegaréis alegremente de la fe de vuestros pa-

dres, y cerraréis vuestros oídos á la voz de los que os invitan á que hagais sobre ella un exámen serio y profundo? ¡Qué temeridad, y al mismo tiempo qué obstinacion! ¡Qué! no ha de tener esta religion tan magnífica en sus promesas, tan pura en su moral, tan fecunda en virtudes, tan poderosa sobre el corazon de los pueblos que sucesivamente ha atraído á sí, tan admirable por su extension que abraza el mundo entero, como por su constante duracion en medio de las revoluciones del tiempo que destruye todo lo que es humano; esta religion tan respetable para esa multitud de grandes ingenios que la han profesado durante diez y ocho siglos, no ha de tener, digo, nada que os interese, y nada que pueda haceros temer arriesgar un paso peligroso desertando de ella. ¿Dónde pues está el respeto que debeis á la memoria de vuestros padres, á la autoridad de tantos hombres grandes, y á las virtudes de tantos ilustres personajes? Todos los hombres mas eminentes, así en ingenio como en virtudes, y mas extraordinarios por su saber y su talento que ha habido de mil y ochocientos años á esta parte, y aun aquellos mismos mas interesados por su orgullo en descubrir falsedad en la religion cristiana, todos la han discutido, la han examinado

y profundizado bajo de todos aspectos, y todos por último han creído en ella sinceramente: ¿y no tendrá para vosotros ningun valor el voto de todos estos hombres? ¡Ni aun sospechais siquiera que una religion capaz de subyugar tantos entendimientos sublimes y de elevar la debilidad humana á un grado tan alto de perfeccion, está dotada de una fuerza secreta y enteramente divina, y que es imposible que esté envenenada la fuente de donde corren aguas tan puras! Yo no me arrojaré á deciros que estas contradicciones sean bastante poderosas para determinar vuestra creencia: ¿pero no servirán á lo ménos para infundiros alguna desconfianza acerca de vuestra incredulidad? Yo no os prescribo, repito, una creencia sin exámen; pero si por una deplorable ceguedad habeis pasado de la luz á las tinieblas, si habeis venido á parar á una irreligion declarada, os recordaré aquellas palabras de un ilustre escritor de nuestros dias, vuelto á la religion despues de muchos años de extravío (1): „He creído, por-
„que he examinado: examinad como yo, y cree-
„réis.”

Acaso diréis alguna vez que envidias la suer-

[1] La Harpe.